

# El supuesto fin de la Historia

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA (\*)

## I. INTRODUCCIÓN

La revista «The National Interest», que es una de las más destacadas entre las neoconservadoras estadounidenses, dirigida por I. Kristol, dedicó su número del otoño de 1989 a presentar el ensayo de Francis Fukuyama *The end of history?*, acompañado por una serie de glosas o respuestas firmadas por A. Bloom, P. Hassner, G. Himmelfarb, I. Kristol, D.P. Moynihan y S. Sestanovich. Los medios de comunicación de masas norteamericanos se hicieron eco de la polémica, entre ellos el popularísimo «New York Times Magazine» (22-X-89) y las agencias de prensa extendieron el debate a todo el mundo. Hubo bastantes diarios, como «El Mercurio» de Santiago de Chile, que publicaron la traducción de casi todo el ensayo de Fukuyama. Este replicó en el número siguiente de su revista con *Una respuesta a mis críticos* cuya versión castellana también insertó, entre numerosos comentarios, un diario madrileño.

Fukuyama es un joven diplomático norteamericano de origen japonés, prácticamente desconocido en los medios intelectuales de su propia patria adoptiva, y el ensayo que nos ocupa es formalmente mediocre y sustantivamente insostenible. Su extraordinaria difusión sólo se puede explicar por motivos accidentales. En primer lugar, el número de la revista fue consagrado monográficamente al artículo de Fukuyama y flanqueado por prestigiosas firmas que, aunque más bien críticas, lanzaban al autor. En segundo lugar, el mensaje del estudio era

---

(\*) Sesión del martes 30 de enero de 1990

confortador para los estadounidenses, moralmente muy afectados por el reciente, famoso y derrotista libro de Paul Kennedy<sup>1</sup>, el profesor de Yale que anunciaba el inevitable declive del Imperio norteamericano. En tercer lugar, el iniciado derrumbamiento del modelo socialista en la URSS y en sus zonas de influencia inclinaba a colocar como vencedor planetario al prototipo de la otra superpotencia. En cuarto lugar, el pro o el antinorteamericanismo es uno de los tópicos políticos y periodísticos más frecuentados de la segunda postguerra mundial. Y, en quinto lugar, el presunto fin de la costosa y angustiosa guerra fría parece inaugurar un nuevo período. Estas y otras circunstancias justifican la extensa controversia que ha desencadenado un ensayo de escasa entidad académica.

El trabajo de Fukuyama se presenta entreverado de referencias a la filosofía hegeliana de la historia, no según las fuentes originales, sino a través de la exégesis de Kojève<sup>2</sup>. Hegel es un gigante, trufado de sofismas, tautologías, ambigüedades y hermetismos; y nuestro autor no lo utiliza para interpretarlo ni como apoyatura filosófica, sino como decoración y ornamento. Las afirmaciones de Fukuyama ni dependen de Hegel, ni tienen una relación determinante con su metafísica; las referencias hegelianas ni siquiera son «ilustraciones» al texto, y prescindiendo de ellas no se pierde nada esencial y se gana en claridad. En esta ocasión, procede dejar tranquilo al gran idealista germano e ir escueta y directamente a las tesis del articulista, tras una necesaria ordenación de la que carece el reiterativo y enmarañado original.

## II. LAS TESIS

### 1. *El fin de la Historia*

Para el autor, ese fin «es el punto final de la evolución ideológica de la Humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final del gobierno humano» (p. 4); terminan, pues, cualesquiera otras «pretensiones de representar formas sociales diferentes más elevadas» (p. 12). En su *Respuesta*, Fukuyama va más lejos: «es el fin de la evolución de los principios fundamentales, incluidos los que rigen la organización política y social».

El autor ni define ni enumera esos «principios fundamentales», pero es obvio que son algo más amplio y general que los esquemas socio-políticos. ¿Se re-

---

1. Kennedy, Paul: *The rise and fall of the great Empires*, Yale, 1989, 678 págs.

2. El judío ruso Alejandro Koschewnikow (1900-1968) adoptó el apellido Kojève cuando se asentó en París donde, entre 1933 y 1939, dictó cursillos sobre Hegel. En 1947, el literato Raymond Queneau, que tenía buena formación matemática y había cursado filosofía, editó los apuntes de las clases de Kojève con el título *Introduction à la lecture de Hegel*. Kojève, que en algún momento expresó su admiración por Stalin, abandonó sus estudios filosóficos al comenzar la II guerra mundial y vivió el tercio que le restaba de existencia como un silencioso burócrata, quizás escéptico. La monografía capital sobre el tema, no citada por Fukuyama, es la de R.K. Maurer: *Hegel und das Ende der Geschichte* (1965).

fiere a la concepción del mundo o «Weltanschauung»? Sería falso puesto que hay teistas y ateos; creyentes en una existencia espiritual ultraterrena y materialistas; para unos el Universo es finito, para otros, infinito, para algunos cíclico; hay quienes piensan que el hombre es la meta de la evolución, otros que es una simple etapa de un incógnito proceso. Si esos principios fundamentales consisten en una cosmovisión sería falso afirmar que se ha llegado a un consenso final.

Si Fukuyama se refiere a una ética, tampoco es cierto que hayan concluido las diferencias torales respecto a lo que sea el bien. Coexisten dos posiciones tan antitéticas como la ascética de genealogía estoica, y la hedonista de antecedentes cirenaicos. La drogadicción, la eutanasia, el aborto, la autocastración, la homosexualidad ¿son legítimos? Impera la contradicción en esos y otros muchos puntos. ¿Es moral desentenderse de los hijos adultos o de los padres ancianos? ¿Son lícitas la poligamia y la poliandria simultáneas? Y, sobre todo, ¿hay una moral natural, universal e imprescriptible, o toda norma es voluntaria, situacional y episódica? Las alternativas éticas más radicales son hoy tan problemáticas como cuando los antiguos griegos empezaron a meditar sobre ellas; y, en gran parte, algo parecido podría decirse de la casuística. Aunque esos principios fundamentales se redujeran a los imperativos éticos primarios, tampoco sería verdad que se ha llegado al fin de la controversia.

¿Se tratará solamente de la idea de la sociedad? Pero hay nacionalistas y cosmopolitas, estatistas y anarquistas, igualitarios y jerárquicos, librecambistas y proteccionistas, individualistas y solidarios, partidarios de la homogeneidad racial y adversarios de ella. Sería inexacto afirmar que se ha impuesto una convicción unánime acerca de cómo debe configurarse la sociedad humana.

Esos principios fundamentales ¿serán algo tan difuso como la cultura? No es probable puesto que en nuestro tiempo conviven innumerables culturas y, a diferencia de lo que pretendieron, por ejemplo, los romanos, la actual tendencia dominante es que la igualación científica y tecnológica salvaguarde las peculiaridades culturales. El criterio colonizador que orientaba a los imperios del pasado, como el español, está siendo sustituido por una especie de culto a las singularidades vernáculas, casi a una folklórelatría.

Hay que leer a Fukuyama de modo aún mas restrictivo y modesto: sólo habría consentimiento irrevocable acerca de lo que sea el Estado ideal.

## 2. *El Estado definitivo*

«El Estado que emerge al final de la historia es el liberal en la medida en que reconoce y protege el universal derecho del hombre a la libertad mediante un sistema de leyes, y es democrático en la medida en que existe con el consentimiento de los gobernados» (p. 5).

En qué consiste ese «derecho del hombre a la libertad». Tal derecho creía garantizarlo la Convención durante los años del Terror. También Stalin preten-

día ser el abanderado de la libertad frente a las democracias capitalistas «explo-tadoras». ¿Se trata simplemente de que haya unas libertades protegidas por leyes? Libertades garantizadas por normas positivas las ha habido desde los orígenes del Derecho en la mas remota antigüedad. ¿Pensará Fukuyama en los derechos humanos? Tales derechos se remontan a Francisco de Vitoria que se los reconoció a los amerindios y, desde entonces, ni se ha acabado de inventarlos, ni, en su inmensa mayoría han pasado de ser declaraciones de intención. Por ejemplo, se proclama el derecho de todo hombre a la salud y a la educación; pero ¿para qué pequeña porción de la Humanidad actual hay aulas y hospitales suficientes? ¿Cuánto falta para que los derechos humanos formales se conviertan en reales para todos? Hoy, tal objetivo se presenta como prácticamente inalcanzable, lo que significaría que nos encontramos lejísimos del final de esa historia. El liberalismo del autor no sólo es intolerablemente impreciso, sino que señala hacia la utopía, es decir, a un tiempo que no llega porque no se encuentra en parte alguna. Es lo contrario del fin de la Historia; es su infinitud.

El segundo elemento de la definición del Estado perfecto es «el consentimiento de los gobernados». Ya los atenienses clásicos formularon esa meta y han transcurrido dos milenios y medio sin que se haya alcanzado. Pero, al menos, ¿hay una definición universalmente aceptada de cómo debería ser la teórica instrumentación de ese consentimiento? En modo alguno. Ni siquiera hay un mínimo acuerdo sobre quiénes deben consentir ¿los guipuzcoanos, los vascos peninsulares, los españoles, los ciudadanos de la Comunidad Económica Europea, la Humanidad? Por ejemplo, sólo una parte de los norteamericanos elige a su Presidente que es la suprema magistratura del mundo occidental. En el mosaico de pueblos que habitan Africa, la Unión Soviética o, sin ir más lejos, los Balcanes ¿quiénes deben prestar su consentimiento colectivo? ¿los croatas, los serbios, los montenegrinos, los albaneses, los eslovenos, los turcos, los judíos y otras minorías, o ese colectivo bautizado como yugoeslavo en 1918? La legitimación activa para consentir sólo la tiene la Humanidad entera; todo lo demás es pura parcialidad arbitraria y no parece que hoy estemos más cerca de esa meta que en tiempos de Trajano. Por lo que se refiere a la unidad de los consentidores ¿no se anticipa demasiado Fukuyama en diagnosticar el fin de la Historia?

Y ¿cómo se organiza el consentimiento de los gobernados? Hay una manera directa que es el plebiscito; pero ahora es irrealizable en comunidades numerosas, salvo para consultas de excepción. Además, en principio, ese plebiscito deberá exigirse para toda decisión pública, lo que haría extremadamente árido gobernar incluso un cantón suizo. Hay que renunciar a la pura y exclusiva democracia directa y refugiarse en la llamada representativa. Pero en torno a esta fórmula procesal hay multitud de variantes muy dispares entre sí. ¿Presidencialismo como en los Estados Unidos o parlamentarismo como en España? Mandatos anuales, bianuales, trianuales, cuatrianuales...? ¿Distritos electorales unipersonales o pluripersonales, listas abiertas o cerradas? ¿Elecciones directas o por compromisarios? ¿Escrutinio mayoritario de una vuelta o de dos? Escrutinios proporcionales los hay de casi infinitas modalidades. ¿Representación sólo

a través de los partidos o también a través de otras organizaciones intermedias? ¿Unicameralismo o bicameralismo? Y, si hay dos cámaras, una ¿será territorial o de intereses económico-sociales? ¿Unanimidad, mayorías cualificadas o simples? ¿Irrestringidas facultades hacendísticas de las mayorías parlamentarias o limitaciones constitucionales para contraer deuda pública y para emitir moneda? Exponer las plurales respuestas a cada una de estas vertebrales cuestiones exigiría una serie de monografías. La democracia representativa encierra una de las problemáticas procesales más variadas, complejas y polémicas de todo el Derecho positivo, y plantea los más discutidos problemas teóricos, casi todos racionalmente irresolutos. ¿Cuál de todas las Constituciones democráticas ensayadas desde 1789 o cuál de las proyectadas es la del Estado definitivo? En materia de instituciones políticas estamos alejadísimos del final de la historia, y afirmar lo contrario sería cerrar los ojos a las evidentiísimas y planetarias diferencias existentes e ignorar los rudimentos de las ciencias sociales.

### 3. *El Estado homogéneo universal*

Puesto que nuestro autor cree que existe el modelo estatal definitivo, afirma que se impondrá en todo lugar. «Podemos resumir el contenido del Estado homogéneo universal desde el punto de vista político en una democracia liberal y, desde el económico en el fácil acceso a los equipos estereofónicos» (p. 8). «En el Estado homogéneo universal todas las contradicciones anteriores están resueltas y todas las necesidades humanas satisfechas. No hay lucha o conflicto entre grandes alternativas y, consecuentemente, no hay necesidad ni de generales, ni de estadistas, lo que queda es primariamente la actividad económica» (p. 5).

Cuando Fukuyama escribe «universal» hay que suponer que quiere significar simplemente «terráqueo» pues sería excesivo atribuirle la idea de que esa forma de gobierno, que considera definitiva —pero que deja indefinida—, será la que necesariamente adoptaría cualquier ser inteligente de nuestra galaxia y de las restantes. Ahora bien, si el inminente fin de la Historia consiste en que desde los esquimales a los tierraqueos y desde los hotentotes a los finlandeses todos los pueblos de nuestro planeta se autogobiernen con instituciones unitarias y comunes, la experiencia y el más optimista de los realismos obliga a asegurar que estamos a una distancia inconmensurable de ese punto. Basta contemplar a vuelo de pájaro cualquier fragmento geográfico, como el extremo meridional de Africa, el Cáucaso o la isla de Ceilán, para constatar que el sueño de Augusto, de Carlomagno, o de Carlos V es hoy todavía menos viable que en aquellos tiempos de relativa unanimidad ideológica.

Pero aún más difícil que la universalización del Estado es su homogeneización, dada la pluralidad cultural de las poblaciones actuales. Al cabo de varios siglos, Moscú no ha logrado homogeneizar ni el viejo imperio de los zares: nadie ha conseguido jamás tal fusión, ni Egipto, ni Roma, ni España, ni Inglaterra. Los Estados Unidos ni siquiera han podido homogeneizar su área contigua

del Caribe. Si el fin de la Historia es la homogeneidad, ni siquiera se divisa.

A pesar de sus propios términos, sería ofensivo suponer que para Fukuyama homogeneizar significa que todos escuchen aparatos estereofónicos, artefactos tan pasajeros, sin duda, como los radioescuchas de galena. Pero es que la generalización temporal de un utensilio, como el hacha pétrea del Paleolítico, no significó el acabamiento de la Historia, sino una era que resultó primitiva para las posteriores. Vincular el fin de la Historia a la aparición de un doméstico artilugio electrónico sería grotesco.

Por definición, en un Estado universal no podrá haber guerras internacionales puesto que sólo existirá una soberanía. Es una tautología elemental que, además, no significa casi nada. ¿Es qué conflictos locales tan sanguinarios como el reciente Irán-Irak carecen de importancia? El terrorismo, la guerrilla y las demás formas de violencia interior organizada ¿serían sinónimos de paz perpetua? Pero, que al implantarse esa indefinida democracia liberal en toda la Tierra, desaparezcan todas las contradicciones y se satisfagan todas las necesidades es una paradisiaca previsión muy parecida a la que hace más de una centuria formuló Marx y que ha sido desmentida por el desencadenamiento de algunas de las contradicciones, las hambrunas y los genocidios más intensos de la aventura humana. En este punto, Fukuyama supera una marca de utopismo. La experiencia demuestra que las necesidades que puede inventarse el hombre son ilimitadas y que el carácter dialéctico de la razón le exige un avance contradictorio. Una Humanidad de nuestra especie, plenamente satisfecha y sin retos, no sólo es improbable, es imposible.

Y, aunque todos los problemas fueran estrictamente económicos, ¿no serían necesarios hombres de Estado? Y, aunque todos los conflictos fueran civiles, ¿no haría falta generales?

#### 4. *El igualitarismo*

En su *Respuesta*, Fukuyama dió un paso más, coherente con los anteriores; pero todavía más irreal. Ese Estado universal homogéneo se compone de ciudadanos iguales. «Nuestra conciencia democrático-igualitaria es, en cierto modo, una adquisición permanente; es tan parte de nuestra naturaleza fundamental como nuestra necesidad de dormir o nuestro miedo a la muerte». El ejemplo de la muerte está mal elegido porque hay un instinto de la muerte en muchos vivientes superiores y, aunque muy contradicho por ciertos hábitos culturales, también en el hombre. Pero la historia entera de la vida pone de manifiesto que unas especies engendran otras diferentes y que dentro de cada especie no hay dos individuos iguales, ni siquiera los gemelos univitelinos. Y la experiencia humana universal es que cada individuo adquiere conciencia de sí mismo al comprobar que se diferencia en caracteres somáticos, en aptitudes y en vocación de todos los demás. Lo que constituye una cualidad intrínseca de la vida y, más adecuadamente, de la vida humana es la diferencia. Colóquese a una decena de

jóvenes ante una pista de carreras o ante un problema matemático e inmediatamente se establecerá una jerarquía. El igualitarismo social es una derivación del resentimiento o de la envidia. El igualitarismo clónico es una aberración biológica. En este punto sí tiene razón Fukuyama: si algún día todos los hombres fueran iguales se habría acabado la Historia; pero tal evento es sólo pensable, no factible.

### III. LOS DATOS

Para sus inducciones y extrapolaciones el autor parte de unos cuantos datos, apenas enunciados.

#### 1. *El arquetipo norteamericano*

«La moderna América igualitaria representa la realización esencial de la sociedad sin clases soñada por Marx» (p. 5). La sociedad americana está intensamente estratificada como corresponde a toda sociedad libre, concurrencial e industrializada: los niveles de éxito alcanzados por los diferentes individuos crean una jerarquía relativamente móvil, pero rotundamente escalonada. Nada más lejos del igualitarismo soñado por Marx. Como en toda comunidad desarrollada, el proletariado tiende a desaparecer; pero la gran nación americana no ha podido asimilar a extensos grupos de inadaptados que malviven de la asistencia pública. Las bolsas de relativa pobreza, parcialmente correlacionadas con las minorías étnicas, serían un contraejemplo de la ilusoria sociedad sin clases.

Tácitamente, el autor considera que la Constitución norteamericana es la ideal para la Humanidad. Pero esa Constitución permitió que, en una hora culminante, se tomaran decisiones públicas como entregar en Yalta media Europa al terror soviético y sentar las bases de un rearme ruso que conduciría a decenios de guerra fría, inmensos gastos militares y miedo colectivo. O que durante casi un lustro fuera alcalde de Washington un drogadicto. Además, ese presidencialismo federal, aplicado a algunos países, como Argentina o Mozambique, les ha llevado al caos económico y social. Ya es de una ingenuidad inmensa suponer que pueda definirse teóricamente el Estado ideal; pero a sostener que uno vive ya en él no se atrevió ni el utopista Fourier cuando dirigía sus falansterios.

Otra convicción tácita subyace al esquema del autor: que el modelo americano de vida es el definitivo; y ese modelo lo identifica con el consumismo. En primer lugar, no hay un modelo único de vida en los Estados Unidos, sino varios, y algunos tan antagonicos como el puritanismo y el permisivismo (este último no es el dominante). Hay claras contraposiciones de hábitos y valores entre el Norte y el Sur, el Este y el Oeste, las urbes y las villas, la ciudad y el campo, los católicos y los protestantes, los blancos, los indios y los negros, etc. La versión cinematográfica o televisiva que algunos guionistas, más o menos popula-

res, han ofrecido de los Estados Unidos es local, parcial y, a veces, caricaturesca. Un intelectual no puede caer en tales reduccionismos.

Tampoco es cierto que el consumismo sea la nota característica del comportamiento medio norteamericano; hay otras que lo delimitarían mejor como el espíritu emprendedor, el respeto al mejor, o la sinceridad. El consumismo es la práctica de sólo ciertos sectores de la sociedad norteamericana, no los mayoritarios: el aspecto urbano de la mayor parte de las villas americanas apenas cambia porque las edificaciones familiares se conservan. Los tan fotografiados cementerios de chatarra reciclable, consustanciales a la gran siderurgia, no revelan una general tendencia al despilfarro. El país donde hay más librerías de viejo y más anticuarios del mundo es Norteamérica, porque no se tira ni un tomo, ni una taza de cerámica. Pero, en cualquier caso, el consumismo no ha sido, ni es, ni será un ideal económico y, menos aún, ético: desde las mas remotas sabidurías orientales, reactualizadas por los estoicos y practicadas por todas las grandes religiones, se sabe que la felicidad se obtiene más por la disciplina de las necesidades que por su incentivación ilimitada.

Y, en fin, la sociedad norteamericana padece lacras sectoriales, pero graves, como la drogadicción, la delincuencia juvenil, la corrupción política, etc. Es irónico presentar a un paciente social de esta sintomatología como un arquetipo de salud colectiva.

Se puede admirar a los Estados Unidos, como es mi caso, pero sin despeñarse en los abismos de la mitificación.

## 2. *Japón*

«El fascismo japonés, como su versión alemana, fue derrotado por las fuerzas norteamericanas en la guerra del Pacífico, y una democracia liberal fue impuesta en el Japón por unos aliados victoriosos». En Japón no hubo nunca fascismo, sino un imperio teocrático militar al estilo oriental, parcialmente subsistente. El nacionalsocialismo alemán no se inspiró para nada en el modelo político nipón, sino en la dimensión socialista del fascismo italiano que le precedió en una década. Hasta aquí, el texto de Fukuyama no reúne las condiciones mínimas de presentabilidad empírica.

El autor se felicita de que al Japón se le «impusiera» una forma de Gobierno por la fuerza de las armas, lo cual es contradictorio con su supuesto liberalismo y con su convicción de que la Constitución ideal, que es la de Washington, se instaura ubicuamente por su propia virtud intrínseca.

Es cierto que, como consecuencia de la ocupación norteamericana, el Japón ha sufrido un cierto proceso de americanización. Pero la occidentalización del Japón se inició con la revolución Meiji en 1868, o sea, casi un siglo antes de que el general McArthur entrara en Tokio. Durante esa centuria los modelos que seguía Japón eran la Inglaterra victoriana y la Alemania bismarckiana, ambos aristocráticos. Pero lo mismo la occidentalización que la americanización nipo-

nas han sido sectoriales, más accidentales que sustantivas. La sociedad japonesa sigue siendo heterogénea de las occidentales por su concepción del mundo, de la familia, de la empresa, y de los valores estéticos y morales.

Y, en nuestros días, los Estados Unidos están sufriendo una especie de niponización tecnológica y económica. El dato japonés no confirma ninguna de las tesis de Fukuyama, más bien al contrario.

### 3. *China*

«La nueva élite tecnocrática, que ahora gobierna China, sabe que el marxismo y el principio ideológico se han tornado irrelevantes como guías de la política, y se extiende el consumismo burgués» (p. 11). Una élite tecnocrática es, por definición, desideologizada; pero el autor sostiene que ya sólo subsiste la ideología demoliberal. La supuesta tecnocratización china sería, pues, una prueba del crepúsculo de las ideologías<sup>3</sup>, no del triunfo de la que suscribe Fukuyama. Oficialmente, China continúa fiel al modelo marxista, y la matanza de Tianenmen no resulta alentadora para las deducciones del autor. Y, finalmente, la mayoría de la población china es campesina, y la renta por habitante figura a la cola de los países industrializados. Es casi sarcástico afirmar que en esa sociedad se extiende el consumismo burgués; con los mismos motivos se podría sostener algo similar de los paupérrimos hindúes o etíopes. Los ejemplos puramente cualitativos que aporta el autor se desvanecen tan pronto como se cuantifican y sitúan en un contexto.

### 4. *Unión Soviética*

También en la «perestroika» ve el autor una prueba de su tesis. «Uno de los principios generales que subyacen a la reforma de Gorbachov es que el pueblo sea verdaderamente responsable de sus propios asuntos» (p. 13). El líder soviético no innova nada con tales aseveraciones que se corresponden literalmente con las de Marx y Lenin. Los países satelitizados por Moscú han solido denominarse «democracias populares». En sociología lo que importa son las realidades empíricas, no las declaraciones retóricas. La inmensa mayoría de los pueblos sometidos al imperio ruso tradicional no han conocido jamás nada que se parezca mínimamente al régimen político de los Estados Unidos. Pensar que un líder puede transformar en modernos virginianos a los mujiks en virtud de unos cuantos discursos e incluso mediante una drástica reforma constitucional, dista mucho de ser razonable. Algunas de las voces reformistas que se alzan en la URSS hablan de realizar el mito del marxismo-leninismo «auténtico», ninguna

---

3. Vid. mi *Crepúsculo de las ideologías*, ed. Rialp, Madrid, 1965, 7.ª ed., Espasa Calpe, 1986.

apela a Locke, Rousseau, Smith o Lincoln. Lo que acontece en la URSS confirma el crepúsculo de las ideologías; pero no la implantación definitiva y universal del modelo norteamericano.

Y el autor añade: «También la URSS se está moviendo hacia el *american way of life*» (p.5). La URSS se compone de medio centenar de etnias que van desde los esquimales y los mongoles hasta los azeríes y bielorusos, cada una con sus seculares formas de vida. Suponer que ese variopinto e inestable conglomerado se encamina a igualar pronto sus costumbres con las newyorkinas o las californianas ¿es una hipótesis admisible? Una cosa es que los rusos y sus colonizados aspiren hoy, como hace mil años, a ser menos miserables, y otra que vayan o renunciar mañana a lo que son, para homologarse con un inquilino del Bronx. Si el fin de la Historia depende de que en Kamtchaka y en el lago Baikal se viva igual que en Boston, la predicción de Fukuyama sólo tiende a cumplirse en el infinito.

#### IV. CONCLUSIÓN

La visión de la realidad actual que ofrece Fukuyama es demasiado voluntarista; pero los hechos son tercos y no se dejan manipular. La apoyatura factual es insignificante. El topocentrismo norteamericano con que el autor contempla el Universo le hace caer en una miopía deformadora cuando no cegadora. Las extrapolaciones que Fukuyama prolonga arbitrariamente no son lícitas en ningún saber riguroso. Ni las cosas son como las dibuja el autor, ni hay probabilidades lógicas de que sean como las desea.

Pero lo más asombroso es que se intente trazar un esquema de la Historia poniendo entre paréntesis fenómenos de la milenaria y potente envergadura de la religión y la nacionalidad cuando nada del pasado puede explicarse sin estas dos monumentales categorías. También olvida el autor que la pulsión más radical del hombre es «ser él mismo» y no ser como todos los demás.

Quizás algún norteamericano ingenuo se haya sentido satisfecho de que un nipón le diga que el actual «*american way of life*» es el «deber ser» definitivo, el no va más de la ética, la política y la tecnología; pero no es serio. Y maravilla que tal visión multiplicada por los medios de comunicación de masas haya dado la vuelta al mundo y hayan tenido que ocuparse de ella intelectuales de casi todos los países. He de excusarme por caer en la tentación, como lo hizo Kant<sup>4</sup> cuando dedicó un libro a las imaginaciones extraterrestres del visionario Swedenborg; y lo haré con su mismo argumento: después de haber leído a Fukuyama y a muchos de sus comentaristas no quería permanecer con la sensación de haber perdido totalmente el tiempo.

Nuestra especie lleva unos treinta mil años sobre la Tierra, prácticamente

---

4. Kant, *Manuel: Träume eines Geistersehers, erläutert durch Träume der Metaphysik* (1766) en *Werke*, ed. Cassirer, vol. II, Berlín 1912, pp. 331 y ss.

nada para la edad del planeta y casi nada para su habitabilidad, que el Sol asegurará durante unos cinco mil millones de años más. Corre el 1990 de la era de Cristo, un instante en la cronología cósmica. Nos hemos planteado bastantes problemas y parcialmente despejado sólo algunos de los más sencillos. Comenzamos a explorar nuestro sistema, un rincón perdido entre centenares de miles de galaxias. Ni siquiera se ha descrito el genoma humano. Se ignora cómo curar un vulgar catarro, o cómo producir el más simple de los virus. Lo que la ciencia daba ayer como definitivo —la geometría euclídea, el geocentrismo, los humores corporales, el flogisto, el «horror vacui», la generación espontánea, la mecánica newtoniana, el éter, la incognoscibilidad de los agujeros negros, etc.— se convierte después en superada construcción hipotética. En realidad, no se conoce casi nada del inmenso arco que va desde las partículas elementales hasta los presuntos confines del Universo. Y en lo moral, tras milenios de mandamientos y de códigos, apenas se ha logrado elevar unos grados y racionalizar muy someramente los dinamismos instintivos. ¿Todo resuelto? Es quimérico. Lo único verdaderamente científico es ser humilde y tener conciencia del bajo nivel de saberes y perfecciones en que aún se encuentra el género humano.

Si alguna ley histórica parece cumplirse es la de la aceleración de los cambios, lo cual induce a suponer que cada década sucederán mas cosas dignas de ser recordadas, y que los que por vocación estudian el pasado se enfrentarán cada día con más testimonios y más necesidad de someterlos a severa crítica y a laboriosa síntesis. Los futuros investigadores tienen cantidades inagotables de Historia por delante. No estamos al final; nos hallamos en una época relativamente embrionaria, casi al principio de los tiempos.

